

—Tengo frío,—dijo con una voz débil.

—Vamos á correr y esto te producirá calor.

—No puedo dár un paso, deja que me siente un poco en el mármol del suelo.

Y se sentó, pero los escalofríos se sucedían unos á otros; sus dientes chocaban entre sí con violencia, en una palabra, su fisonomía se puso en un instante tan pálida y demacrada, que Pedro asustado se decidió á pedir socorro á las pocas personas que aún salían de la iglesia.

En un momento se reunió un gran corro de personas, entre las cuales había algunas que se disputaban el derecho de llevarse á Bautista á su casa para prodigarle los cuidados necesarios, cuando un hombre, atraído por la curiosidad miró por encima de la multitud, y al divisar á Pedro, se hizo paso no muy suavemente y agarrándole por una oreja, le preguntó:

—¿Qué haces aquí?

Era el padre de Pedro que había reconocido á su hijo y preludiaba con aquel tirón de orejas el castigo paternal.

El pobre muchacho, doblemente asustado, no creyó el momento oportuno para dar detalles sobre su escapatoria; pero indicó con la mano á Bautista sentado en el suelo y pálido como un cadáver.

—Padre mío,—esclamó Pedro,—socorre á Bautista que va á morir.

—Calla, ¡ es verdad !—dijo el padre;—el sobrino de mi vecina. Aguárdame un poco aquí, un momento, Pedro.

Y se alejó para volver á los pocos minutos con su coche. Hizo subir á los dos niños, castigó el caballo y tomó al trote largo el camino á Casoria.

El mismo día por la tarde estaba Bautista acostado en el mismo lecho de que se había escapado por la mañana. A su cabecera estaba sentada su tía, alarmada, que escuchaba con atención al médico.

—Señora, esta enfermedad será más peligrosa que la primera; la imprudencia de vuestro sobrino le ha traído una